

Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo

ALBERTO SZPUNBERG

"¿Quién le teme al tigre de Miguel Angel Bustos?"

A la Negra, Sabina, Cristóbal, Roque, Oscar, a la Brigada Massetti, a Judith, a los compañeros

Yo aún vivía en El Masnou, a unos 20 km de Barcelona. Una madrugada, a esas horas en que la trasnoche porteña ruboriza el cielo europeo, José Luis Mangieri me llamó por teléfono y me dijo que era urgente. Había que recuperar cuanto antes a los poetas desaparecidos. Alguien, no recuerdo quién, antologaría a Roberto Santoro; otro, creo que Gelman, a Francisco Urondo; yo, a Miguel Angel Bustos. Era mediados de 1990. Entendí la urgencia de Mangieri. No era sólo suya: editar a los poetas desaparecidos era una manera de resistir los duros ajustes a que venía siendo sometida la memoria, esos brutales recortes cuyas secuelas, como sólo no ven quienes no quieren ver, son tanto o más terribles que las humillaciones salariales, los hospitales sin camas, las escuelas sin libros, las familias sin techo, la vida sin mañana.

Yo me puse a trabajar a los pocos días. No fue fácil repasar una herida que nunca se ha cerrado. Tenía todos los libros de Bustos conmigo y sólo me faltaba el material inédito, que sabía que existía. Releer la obra de Miguel Angel fue para mí un largo viaje, una manera de recorrer ese camino que alguna vez quiso conducirnos al futuro y que hoy, ahora, en esta *encrucijada de caminos que parten y caminos que vuelven*, hay que volver a descubrir.

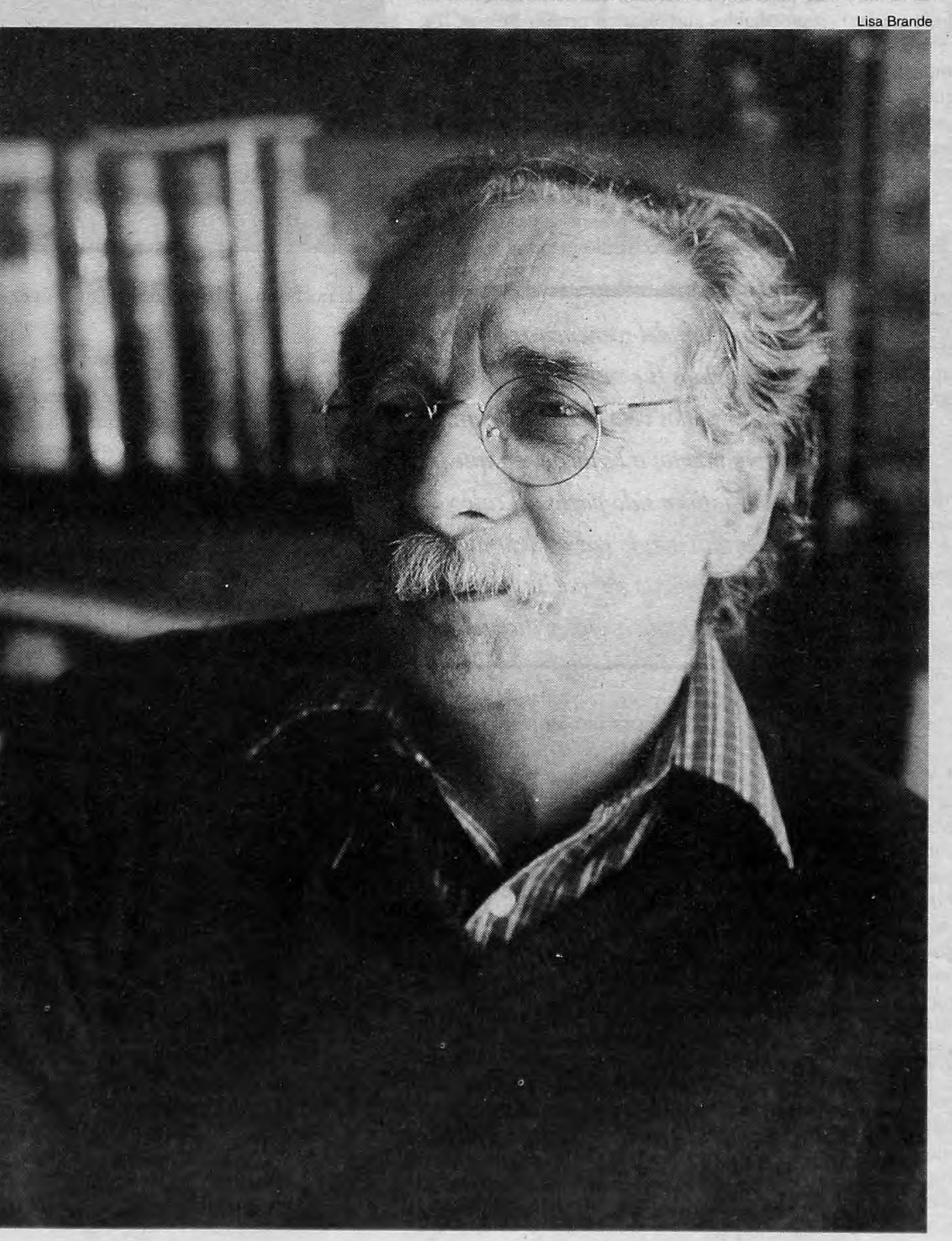
Al fin y al cabo, Miguel Angel Bustos, mi amigo el visionario, mi compinche de tantas aventuras, mi colega de tantas locuras, mi compañero de tantas historias y tanta historia, siempre había apostado por la profecía, esa extraña virtud de descifrar en el presente los tiempos que vendrán.

En mi siguiente viaje, en un café de Barrancas de Belgrano, me encontré con Iris Alba, la compañera de Miguel Angel. Iris sostenía como podía la penuria económica, pero, sobre todo, se la veía agobiada por la más terrible de las penurias, la de la impunidad que desde el Estado justificaba e indultaba a los asesinos y la hipocresía de la farándula intelectual que, deslumbrada por los oropeles de la posmodernidad, cubría con aserrín la sangre derramada.

–¿Cómo puede ser? –Iris no hallaba consuelo–. ¿No éramos todos amigos?

El cinismo de "la teoría de los dos demonios" parecía haber calado demasiado hondo en la sociedad argentina, incluso en muchos de los antiguos amigos: "Todo lo que había pasado" –¿qué había pasado?, ¿ya había pasado?, ¿ya ha pasado?– resultaba una

Lisa Brande



especie de catástrofe demencial alimentada por locuras de signo contrapuesto, pero locuras al fin. Locuras ajenas a la buena salud argentina, extremismos, excesos, desmesuras, transgresiones, delirios, alteraciones, irresponsabilidades, altas presiones y bajas pasiones que habían desatado el diluvio universal. Vueltas las aguas a sus niveles normales, las inocentes palomas, con la ramita de olivo en el pico, podían volver a escena, sin olvidar, eso sí, que la ira del Dios de los Ejércitos, siempre vigilante, no debía ser provocada, por los siglos de los siglos, amén.

Sin embargo, con una generosidad y un entusiasmo increíbles, Iris hizo suyo el proyecto de la antología y fotocopió los poemas inéditos de Miguel Angel, esas carpetas que, aun en las circunstancias más duras, casi milagrosamente, había querido/sabido/podido conservar. Su gesto venía a confirmar que sólo el amor hace milagros. Eso que el Che, para desconcierto de los científicos del socialismo, por fin se había animado a decir en su carta pública a Quijano: "Aun a riesgo de parecer ridículo, un revolucionario siempre actúa movido por grandes sentimientos de amor". Aun a riesgo...

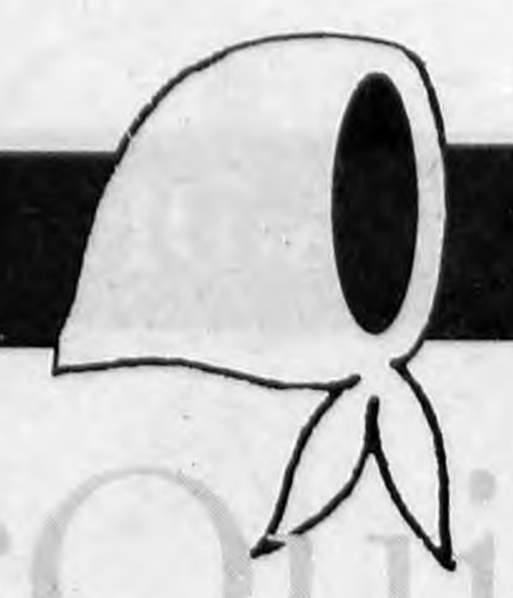
◆◆◆◆◆

Sé que voy a morir. Estoy acostado
en mi cama, en la agonía.
Paralelamente, mi cuerpo, mis temblores,
mis pasiones, mis terrores, atraviesan
diminutas celdillas.

◆◆◆◆◆

A los pocos meses, la antología estaba hecha, "con prólogo y todo", "en papel y, si podés, en disquete", tal como Mangieri, con la responsabilidad de quien organiza un operativo, me lo había pedido aquella noche de Buenos Aires, aquella madrugada de El Masnou.

Hacía unos años que yo había empezado a volver a Buenos Aires. Era, si se quiere, una vuelta vueltera: tras largos años en España, temporadas cada vez más largas en Buenos Aires. En cada viaje mío a este lado del charco, la antología de Bustos seguía siendo un proyecto inminente. Siempre se aproximaba una Feria del Libro en la cual haríamos la presentación, mejor dicho, no una presentación sino, como en los buenos tiempos, un acto que sería poético, político, agitativo, donde se dirían las verdades que todos sabían, pero que muy pocos ya decían. Sin embargo, las ferias del Libro pasaban, cada vez más informatizadas, globalizadas, mediatizadas, sin que el nombre de Miguel Angel Bustos volviera a sonar como una presencia definitiva en nuestra cultura. De todos modos, el proyecto seguía en pie y, aun- ▶



"¿Quién le teme al tigre

ALBERTO

que tardase en concretarse, continuaba signado por la urgencia.

Mi última vuelta a la Argentina ocurrió a finales de 1997. Yo ya había descubierto que, contrariamente a lo que establecen las obras completas de Gardel (hay que desconfiar siempre de todas las obras completas...), nunca se vuelve al primer amor, ya que a la tierra prometida nunca se regresa, sino que siempre se va, *oh, corazón tentado por la esperanza*. Pero, acaso por eso mismo, esta vez las galeradas, releídas, reordenadas y postergadas tantas veces, se concretaron en un libro, un libro con tapa, contratapa, índice, prólogo, páginas reunidas bajo un título que, significativamente, fue *Despedida de los ángeles*.

◆◆◆◆◆

Es decir. Yo estoy acostado, pero mi todo
vertical se marcha por pequeños agujeritos
luminosos que invaden la pieza.

◆◆◆◆◆

Finalmente no fue un acto poético ni político ni agitativo ni tampoco en ninguna feria. Fue una presentación en el Instituto de Cooperación Iberoamericana, un 26 de noviembre de 1998, día jueves, ese día que siempre sabe a Vallejo, el que se murió en París con aguacero. Yo hubiera preferido que fuese en otro lado, un sindicato, la Casa de las Madres, una plaza, cualquier café, acaso porque el local del ICI, que tanto asociaba con las buenas costumbres, me recordaba la ajenidad del exilio, una ajenidad que parecía prolongarse en mi propio país y que, a veces, lo confieso, todavía percibo. Pero se impusieron ciertos criterios de práctica editorial que aún no entiendo ni quiero entender, pero que superaron hasta al insuperable Mangieri, empeñado como nadie en que la poesía de Bustos, como la poesía toda, no se convirtiese en una rareza arqueológica.

Recuerdo que fui caminando por Florida, la calle por donde tantas veces, de café en café, de librería en librería, de broma en broma, anduve con Miguel Angel. Una vez, en esa misma Florida, en la esquina de Florida y Sarmiento, nos encontramos con mi padre. Los presenté. Al otro día mi padre me preguntó si Bustos era un profesor.

–¿Por qué? –le dije.

–Porque usa traje y corbata...

Muchas veces solíamos cruzarnos con Borges, siempre rodeado por sus vestales, señoritas alumnas de Filosofía y Letras que inevitablemente, a modo de ritual cómplice, nos despertaban la misma inquietud:

–¿Serán vírgenes?

Recuerdo que llegué al ICI y Mangieri estaba en la puerta, esperándome en medio de la calle. El, que conocía a todos y cada uno de los que estaban adentro, tampoco había querido entrar "solo".

Cuando me tocó el turno de hablar, lo primero que señalé fue que las fechas que aparecían al pie de mi prólogo –"El Masnou, invierno/90-Buenos Aires, verano/97"– no eran una errata ni una clave ni ningún recordatorio de nacimiento y muerte. Confesé que yo mismo había tomado conciencia del significado de esas fechas cuando la antología, después de tantas vicisitudes, se había convertido en libro. ¿Tantos años habían pasado entre el origen de la propuesta de Mangieri y su concreción? Sí, y esos años, límites de un tiempo real, eran la marca cronometrada de los tiempos que vivíamos. En nuestro país, la historia, que en otros tiempos calzaba sandalias aladas, esas que dan vuelo a los pies descalzos, ahora se movía con zapatos de plomo. Dejé constancia de que ni el ritmo con que trabajé en armar la antología ni la rapidez de Lea Fletcher en diseñarla ni el empeño de Mangieri en editarla habían podido impedir que los meses se transformasen en años. Evidentemente, era más fácil levantar un shopping o fabricar un best-seller, que sacar a la calle 150 páginas de poesía.

Entre tanto, Iris ya no estaba. Había muerto –pienso yo que de pura tristeza– sin alcanzar a ver que esos papeles que ella había abrazado contra su pecho en circunstancias tan duras por fin habían visto la luz.

◆◆◆◆◆

Siento que soy un jugo nuevo, virgen
para los milagrosos huequitos. Sólo yo
los veo, porque sólo yo muero.
Un coro de voces y llantos se aleja.
Me pierdo en la luz.

◆◆◆◆◆

La noche de la presentación, la sala del ICI estaba llena. Me sorprendió reencontrarme con intelectuales y artistas de procedencias estéticas tan distintas y capillas literarias tan diversas y contrapuestas. Eran los mismos que, en los años 60, desde distintos cafés y revistas, habían cañoneado con Gramsci, Fanon, el Che, Pavese, Ungaretti, Eluard, René Char, Althusser, Ginsberg, el joven y el viejo Marx, Reich, Freud, Fromm. Estaban todos: surrealistas, invencionistas, novelistas, cuentistas, poetas, ensayistas, publicistas, pintores, hijos del peronismo, del marxismo, del trotskismo, del compromiso, del no compromiso, del marxismo-leninismo, del maoísmo, del estructuralismo, en fin, da lo mismo. Con algunos me fundí en un abrazo; con muchos sólo me confundí. "Están todos", pensé, pero no, no estaban todos. Sobresalían las irremediables ausencias: el propio Bustos, Iris, Santoro, Urondo, Dorronzoro, Tilo Brener, Daniel Barros, Jorge Money, Enrique Raab, Rodolfo Walsh..., y por esas ausencias se me colaron todas las demás, ese gran vacío, ese buraco inmenso que nos habían hecho. También me pregunté por qué me sorprendía que estuviesen "todos". ¿Quiénes eran todos? Y no descarté la posibilidad de ser injusto, prejuicioso, exigente, inflexible, y seguí estrechando manos.

"La emoción del reencuentro con rostros queridos fue muy fuerte. A muchos yo no los veía desde los lejanos tiempos previos a la lucha, en que las teorías habían sido parte del café y la bohemia, cuando era un lejano son caribeño aquello de que 'la humanidad se ha echado andar y dice basta'".

Uno a uno, una y otra vez, repasé los rostros, los gestos, y tardé en reconocer a muchos. Es cierto, las inclemencias socavan la carne, definen ciertas formas de conversar o guardar silencio, determinan maneras de llevarse la mano a la corbata, no vaya a ser que se afloje el nudo, esculpen curiosas maneras de sentarse, no vaya a ser que algo se arrugue. Incluso en la sala descubrí a algunos de aquellos que Osvaldo Bayer, hermano mayor de la coherencia, no se cansa de denunciar: esos que blandieron la lira argentina cuando, a pocas cuadras de la ESMA, el país se consagraba campeón de las pelotas.

No pude dejar de preguntarme dónde habían estado muchos de ellos cuando Miguel Angel, con sus ojos claros, su rostro siempre aniñado y su humor incombustible, repartía *Estrella Roja* y *El Combatiente* en la editorial Abril o, incluso en contra de las propias directivas del PRT, su partido, recorría la calle Gaspar Campos con su traje de siempre, cada vez más gastado y más elegante, y una manta al hombro para pasar la noche en uno de los baldíos del barrio, porque "acá, Alberto, acá está el pueblo y algo tiene que pasar". Evidentemente, alguien que va de traje por la vida y lleva una manta al hombro para pasar la noche en un baldío de Vicente López está loco...

◆◆◆◆◆

Dedos, manos sueltas en el aire me quitaron
el cuerpo para echarlo en un ataúd.
Pero otro cuerpo y otra alma me esperaban
en los túneles de luz.

◆◆◆◆◆

La emoción del reencuentro con rostros queridos fue muy fuerte. A muchos yo no los veía desde los lejanos tiempos previos a la lucha, en que las teorías habían sido parte del café y la bohemia, cuando era un lejano son caribeño aquello de que "la humanidad se ha echado andar y dice basta". Hasta que la humanidad se echó a andar en nuestro propio país y, como pudo, dijo basta... Pero me pareció más importante decirles algo a los más jóvenes, aquellos que no habían conocido a Miguel Angel ni esos tiempos de lucha y esperanza. Esos tiempos de "locura"...

Recuerdo que, aclarado lo de las fechas del prólogo, necesité confesar que yo, sea en el ICI o donde fuera, se tratase de un poeta o de quien sea, no creía en presentaciones sino en presencias. Por lo tanto, no podía dejar de recordar, como lo hago ahora, que Miguel Angel Bustos era uno más de los 30.000 desaparecidos y que el exterminio físico no había sido más que el trabajo sucio inicial de una política de desapariciones que luego, bajo formas democráticas, cada vez más formales y menos democráticas, había continuado y que aún hoy, en el momento de escribir estas líneas, continúa.

Aquella noche, no pude callarme, como tampoco en estas páginas, dije que la desaparición de Miguel Angel y los 30.000 hermanos restantes fue el hachazo brutal que abrió las puertas a la desaparición de las fuentes de trabajo, de las posibilidades de educación y sanidad públicas, del acceso a la vivienda, a la comida, al ejercicio de los derechos humanos más elementales y básicos para sectores cada vez más amplios del país. Parafraseando la consigna que en otros tiempos se había paseado multitudinariamente por las calles del país, como esa vuelta por Gaspar Campos, sostuve que la poesía, como la sangre derramada, nunca será negociada, ni en los despachos de la gran política, ni en las concesiones a la domesticidad ni en los altares de la sensatez, ni en las butacas del apoltronamiento, ni en las especulaciones del marketing editorial, ni tampoco en el balance más íntimo y personal, acaso el más difícil y decisivo de todos, porque, entre la vigilia y los sueños, entre la conciencia y la almohada, truena como el escarmiento esa pregunta que Arlt tanto reitera a lo largo de su obra: *"¿Qué has hecho de tu vida?"*.

"Los otros mile[...] trabajadores mi[...] militantes, podr[...] que habían sido [...] tantes, anónimos [...] Angel Bustos, en [...] a una macabra [...] se lo recupera[...]

En ese momento, como quien te tira un cable para que no seas impresentable, alguien que estaba sentado a mi lado me pasó disimuladamente un papelito donde decía: "1976-1998=¡22 años!".

Alguien me llamaba a la sensatez, alguien me invitaba a hacer mía la locura de la normalidad, alguien me indicaba que, ¡después de 22 años!, mejor no hablar de ciertas cosas.

◆◆◆◆◆

Por eso el ataúd es una estación que no conozco.
Algo que ignoro. Que de vivo temía.
Existen manos suaves que nos elevan
en fuga al Universo Mayor.

◆◆◆◆◆



"¿Quién le teme al tigre de Miguel Angel Bustos?"

"¿Quién le teme al tigre de Miguel Angel Bustos?"

ALBERTO SZPUNBERG

que tardase en concretarse, continuaba signado por la urgencia.

Mi última vuelta a la Argentina ocurrió a finales de 1997. Yo ya había descubierto que, contrariamente a lo que establecen las obras completas de Gardel (hay que desconfiar siempre de todas las obras completas...), nunca se vuelve al primer amor, ya que a la tierra prometida nunca se regresa, sino que siempre se va, *oh, corazón tentado por la esperanza*. Pero, acaso por eso mismo, esta vez las galeradas, releídas, reordenadas y postergadas tantas veces, se concretaron en un libro, un libro con tapa, contratapa, índice, prólogo, páginas reunidas bajo un título que, significativamente, fue *Despedida de los ángeles*.

◆◆◆◆◆

Es decir. Yo estoy acostado, pero mi todo
vertical se marcha por pequeños agujeritos
luminosos que invaden la pieza.

◆◆◆◆◆

Finalmente no fue un acto poético ni político ni agitativo ni tampoco en ninguna feria. Fue una presentación en el Instituto de Cooperación Iberoamericana, un 26 de noviembre de 1998, día jueves, ese día que siempre sabe a Vallejo, el que se murió en París con aguacero. Yo hubiera preferido que fuese en otro lado, un sindicato, la Casa de las Madres, una plaza, cualquier café, acaso porque el local del ICI, que tanto asociaba con las buenas costumbres, me recordaba la ajenidad del exilio, una ajenidad que parecía prologarse en mi propio país y que, a veces, lo confieso, todavía percibo. Pero se impusieron ciertos criterios de práctica editorial que aún no entiendo ni quiero entender, pero que superaron hasta al insuperable Mangieri, empeñado como nadie en que la poesía de Bustos, como la poesía toda, no se convirtiese en una rareza arqueológica.

Recuerdo que fui caminando por Florida, la calle por donde tantas veces, de café en café, de librería en librería, de broma en broma, anduve con Miguel Angel. Una vez, en esa misma Florida, en la esquina de Florida y Sarmiento, nos encontramos con mi padre. Los presenté. Al otro día mi padre me preguntó si Bustos era un profesor.

–¿Por qué? –le dije.

–Porque usa traje y corbata...

Muchas veces solíamos cruzarnos con Borges, siempre rodeado por sus vestales, señoritas alumnas de Filosofía y Letras que inevitablemente, a modo de ritual cómplice, nos despertaban la misma inquietud:

–¿Serán vírgenes?

Recuerdo que llegué al ICI y Mangieri estaba en la puerta, esperándome en medio de la calle. El, que conocía a todos y cada uno de los que estaban adentro, tampoco había querido entrar "solo".

Cuando me tocó el turno de hablar, lo primero que señalé fue que las fechas que aparecían al pie de mi prólogo –"El Masnou, invierno/90-Buenos Aires, verano/97"– no eran una errata ni una clave ni ningún recordatorio de nacimiento y muerte. Confesé que yo mismo había tomado conciencia del significado de esas fechas cuando la antología, después de tantas vicisitudes, se había convertido en libro. ¿Tantos años habían pasado entre el origen de la propuesta de Mangieri y su concreción? Sí, y esos años, límites de un tiempo real, eran la marca cronometrada de los tiempos que vivíamos. En nuestro país, la historia, que en otros tiempos calzaba sandalias aladas, esas que dan vuelo a los pies descalzos, ahora se movía con zapatos de plomo. Dejé constancia de que ni el ritmo con que trabajé en armar la antología ni la rapidez de Lea Fletcher en diseñarla ni el empeño de Mangieri en editarla habían podido impedir que los meses se transformasen en años. Evidentemente, era más fácil levantar un shopping o fabricar un best-seller, que sacar a la calle 150 páginas de poesía.

Entre tanto, Iris ya no estaba. Había muerto –pienso yo que de pura tristeza– sin alcanzar a ver que esos papeles que ella había abrazado contra su pecho en circunstancias tan duras por fin habían visto la luz.

◆◆◆◆◆

Siento que soy un jugo nuevo, virgen
para los milagrosos huequitos. Sólo yo
los veo, porque sólo yo muero.
Un coro de voces y llantos se aleja.
Me pierdo en la luz.

◆◆◆◆◆

La noche de la presentación, la sala del ICI estaba llena. Me sorprendió reencontrarme con intelectuales y artistas de procedencias estéticas tan distintas y capillas literarias tan diversas y contrapuestas. Eran los mismos que, en los años 60, desde distintos cafés y revistas, habían cañoneado con Gramsci, Fanon, el Che, Pavese, Ungaretti, Eluard, René Char, Althusser, Ginsberg, el joven y el viejo Marx, Reich, Freud, Fromm. Estaban todos: surrealistas, invencionistas, novelistas, cuentistas, poetas, ensayistas, publicistas, pintores, hijos del peronismo, del marxismo, del trotskismo, del compromiso, del no compromiso, del marxismo-leninismo, del maoísmo, del estructuralismo, en fin, da lo mismo. Con algunos me fundí en un abrazo; con muchos sólo me confundí. "Están todos", pensé, pero no, no estaban todos. Sobresalían las irremediables ausencias: el propio Bustos, Iris, Santoro, Urondo, Dorronzoro, Tilo Brener, Daniel Barros, Jorge Money, Enrique Raab, Rodolfo Walsh..., y por esas ausencias se me colaron todas las demás, ese gran vacío, ese buraco inmenso que nos habían hecho. También me pregunté por qué me sorprendía que estuviesen "todos". ¿Quiénes eran todos? Y no descarté la posibilidad de ser injusto, prejuicioso, exigente, inflexible, y seguí estrechando manos.

> *"La emoción del reencuentro con rostros queridos fue muy fuerte. A muchos yo no los veía desde los lejanos tiempos previos a la lucha, en que las teorías habían sido parte del café y la bohemia, cuando era un lejano son caribeño aquello de que 'la humanidad se ha echado andar y dice basta'".*

Uno a uno, una y otra vez, repasé los rostros, los gestos, y tardé en reconocer a muchos. Es cierto, las inclemencias socavan la carne, definen ciertas formas de conversar o guardar silencio, determinan maneras de llevarse la mano a la corbata, no vaya a ser que se afloje el nudo, esculpen curiosas maneras de sentarse, no vaya a ser que algo se arrugue. Incluso en la sala descubrí a algunos de aquellos que Osvaldo Bayer, hermano mayor de la coherencia, no se cansa de denunciar: esos que blandieron la lira argentina cuando, a pocas cuadras de la ESMA, el país se consagraba campeón de las pelotas.

No pude dejar de preguntarme dónde habían estado muchos de ellos cuando Miguel Angel, con sus ojos claros, su rostro siempre aniñado y su humor incombustible, repartía *Estrella Roja* y *El Combatiente* en la editorial Abril o, incluso en contra de las propias directivas del PRT, su partido, recorría la calle Gaspar Campos con su traje de siempre, cada vez más gastado y más elegante, y una manta al hombro para pasar la noche en uno de los baldíos del barrio, porque "acá, Alberto, acá está el pueblo y algo tiene que pasar". Evidentemente, alguien que va de traje por la vida y lleva una manta al hombro para pasar la noche en un baldío de Vicente López está loco...

◆◆◆◆◆

Dedos, manos sueltas en el aire me quitaron
el cuerpo para echarlo en un ataúd.
Pero otro cuerpo y otra alma me esperaban
en los túneles de luz.

◆◆◆◆◆

La emoción del reencuentro con rostros queridos fue muy fuerte. A muchos yo no los veía desde los lejanos tiempos previos a la lucha, en que las teorías habían sido parte del café y la bohemia, cuando era un lejano son caribeño aquello de que "la humanidad se ha echado andar y dice basta". Hasta que la humanidad se echó a andar en nuestro propio país y, como pudo, dijo basta... Pero me pareció más importante decirles algo a los más jóvenes, aquellos que no habían conocido a Miguel Angel ni esos tiempos de lucha y esperanza. Esos tiempos de "locura"...

Recuerdo que, aclarado lo de las fechas del prólogo, necesité confesar que yo, sea en el ICI o donde fuera, se tratase de un poeta o de quien sea, no creía en presentaciones sino en presencias. Por lo tanto, no podía dejar de recordar, como lo hago ahora, que Miguel Angel Bustos era uno más de los 30.000 desaparecidos y que el exterminio físico no había sido más que el trabajo sucio inicial de una política de desapariciones que luego, bajo formas democráticas, cada vez más formales y menos democráticas, había continuado y que aún hoy, en el momento de escribir estas líneas, continúa.

Aquella noche, no pude callarme, como tampoco en estas páginas, dije que la desaparición de Miguel Angel y los 30.000 hermanos restantes fue el hachazo brutal que abrió las puertas a la desaparición de las fuentes de trabajo, de las posibilidades de educación y sanidad públicas, del acceso a la vivienda, a la comida, al ejercicio de los derechos humanos más elementales y básicos para sectores cada vez más amplios del país. Parafraseando la consigna que en otros tiempos se había paseado multitudinariamente por las calles del país, como esa vuelta por Gaspar Campos, sostuve que la poesía, como la sangre derramada, nunca será negociada, ni en los despachos de la gran política, ni en las concesiones a la domesticidad, ni en los altares de la sensatez, ni en las butacas del apoltronamiento, ni en las especulaciones del marketing editorial, ni tampoco en el balance más íntimo y personal, acaso el más difícil y decisivo de todos, porque, entre la vigilia y los sueños, entre la conciencia y la almohada, truena como el escarmiento esa pregunta que Arlt tanto reitera a lo largo de su obra: *"¿Qué has hecho de tu vida?"*.

En ese momento, como quien te tira un cable para que no seas impresentable, alguien que estaba sentado a mi lado me pasó disimuladamente un papelito donde decía: "1976-1998=¡22 años!".

Alguien me llamaba a la sensatez, alguien me invitaba a hacer mía la locura de la normalidad, alguien me indicaba que, ¡después de 22 años!, mejor no hablar de ciertas cosas.

◆◆◆◆◆

Por eso el ataúd es una estación que no conozco.
Algo que ignoro. Que de vivo temía.
Existen manos suaves que nos elevan
en fuga al Universo Mayor.

◆◆◆◆◆

> *"Los otros miles de desaparecidos, trabajadores militantes, anónimos militantes, podían quedar como lo que habían sido: trabajadores militantes, anónimos militantes. Miguel Angel Bustos, en cambio, era sometido a una macabra cirugía plástica: sólo se lo recuperaba como poeta."*

La noche del ICI me sentí mal, extraño. Sapo de otro pozo. Al oír otras intervenciones, más académicas, más mesuradas, más "específicamente literarias", tuve la sensación de que en esa presentación, más allá de la intención de sus actores, se empezaba a consumar una trampa: Miguel Angel, un poeta militante, no podía ni debía ser recuperado como poeta militante. Se le practicaba una especie de corrección póstuma, de escisión, de despellejamiento, de lobotomía, como quien separa la carne del hueso o la luz del fuego o el cielo de la tierra.

Los otros miles de desaparecidos, obreros militantes, trabajadores militantes, anónimos militantes, podían quedar como lo que habían sido: obreros militantes, trabajadores militantes, anónimos militantes. Miguel Angel Bustos, en cambio, era sometido a una macabra cirugía plástica: sólo se lo recuperaba como poeta. Su incorporación orgánica al PRT, con toda su humanidad a cuestas, con sus poemas y sus bromas y sus delirios y sus intentos de suicidio y su "lesión epiléptica" y sus dibujos tan bellos como alucinantes y sus terribles y maravillosas locuras, su incorporación orgánica, repito, a la lucha de los años 60-70 no había sido más que una expresión de su "locura", acaso la más curiosa y confirmatoria de su inestable principio de realidad.

En un malabarismo sesgado, al recuperarlo como "loco", su adscripción a un proyecto revolucionario no tenía más importancia que otras tantas "rarezas" de las que Miguel Angel había hecho gala. Como su andar trajeado con una manta a cuestas. Sin que nadie lo dijera, por supuesto, pero como lógica consecuencia de tan curiosa sensatez, al asesinar a Miguel Angel Bustos, más que su condición esencial de represores contrarrevolucionarios, los militares habían confirmado su condición de brutos, ignorantes, incultos, insensibles a la belleza, desconocedores de la poesía. No habían sabido dar a Dios lo que, por poesía, es de Dios, y al César lo que, por militancia, es del César. Afortunadamente, ya vendría un tal general Balza a condenar "todos los mesianismos" y demostrar que, por debajo del uniforme, latía un corazón. Para más inri, campechano, patriota y arrepentido. Até cabos: en las "acciones expropiatorias" que emprendíamos por las librerías, Miguel Angel Bustos siempre había "confiscado" libros de ocultismo, budismo, astrología y otras disciplinas extrañas, para colmo, en francés, alemán y... ¡rumano! ¿Cómo el equipo de tareas que lo secuestró no supo ver que entre sus libros sobre la Cábala, con esos extraños signos esotéricos, y sus materiales del PRT, con esas curiosas propuestas revolucionarias, sólo existía una única e inofensiva relación: la locura?

Toda academia que se precie de tal necesita de algún "poeta maldito" que confirme a los académicos su condición de académicos: arcángeles custodios del Arbol del Bien y del Mal, de la Vida y la Muerte, cuyos frutos sólo están reservados a Dios, único ser que tiene la llave de un paraíso que para los seres humanos ya está irremediablemente perdido. No vaya a ser que Rimbaud siente de nuevo a la Belleza sobre sus rodillas y vuelva a decir que la encuentra amarga.

◆◆◆◆◆

Que maúllen de noche cerca de mi tumba los
enormes gatos cubiertos de plata, con los pelos
erizados de horror. Yo no estoy. Yo no estoy.
Yo no estuve jamás aquí.

◆◆◆◆◆

Lisa Brande

Una noche de lluvia torrencial, allá por mil novecientos sesenta y tantos, Miguel Angel Bustos apareció en el Departamento de Psicología de Filosofía y Letras, donde yo había pasado a trabajar después de que el profesor Salvatore Bucca, amante incondicional del orden, me echara del Centro de Estudios Lingüísticos.

–¿Qué hacés, Miguel Angel? –le pregunté.

Miguel Angel, que chorreaba por los cuatro costados, se sacó el piloto y, de uno de los bolsillos, extrajo un cuchillo de cocina.

–Alberto –temblaba todo–, vengo a consumar el sacrificio de la virgen...

En ese momento entró José Itzigsohn, el director del departamento.

–Doctor –le dije–, le presento a Miguel Angel Bustos, poeta.

–Conozco sus poemas –le dijo Itzigsohn, y le tendió la mano.

–Viene a consumar el sacrificio de la virgen... –le expliqué a Itzigsohn–, lo que Miguel Angel no sabe es que acá no va a encontrar ninguna...

Itzigsohn y yo nos reímos. Miguel Angel también. Dejó el cuchillo sobre el escritorio, se sentó y se largó a llorar. Itzigsohn se le acercó, lo abrazó y, cuando sus sollozos se calmaron, le dijo:

–Usted, que es un poeta, debe saber lo que dijo un colega suyo, Prévert, cuando París cayó en manos de los nazis: "Todo está perdido, menos el buen humor".

Itzigsohn se fue a dar su clase. Guardé el cuchillo en el cajón del escritorio, cerré el departamento y nos fuimos a tomar un café. Después pasamos por la librería de Abel Langer. A él no lo expropiábamos jamás. Miguel Angel y yo quizá no sabíamos trazar los límites exactos entre el bien y el mal, entre lo bello y lo feo, entre lo correcto y lo incorrecto, entre la locura y la salud mental, pero sí sabíamos distinguir entre los compañeros y quienes, entonces (y ahora), eran, son "los otros".

> *"Es sabido, y se ha dicho muchas veces y de distinta manera en este suplemento de las Madres, que el poder se legitima como poder sancionando a quienes transgreden sus 'normas', que, por supuesto, el mismo poder consagra como 'normalidad'".*

La noche del ICI, mientras miraba la sala llena, me pregunté si estaban todos los que estaban y eran todos los que eran. Tuve grandes dudas. "¿Qué habrá sido del cuchillo?", me pregunté. ¿Cuánto tiempo quedó en el cajón del escritorio? ¿Habrá llegado a cortar una rebanada de pan en la mesa de algún hambriento? ¿Qué incierto derrotero habrá dibujado sobre la mesa el reguero de miguitas de pan que acaso no llegó a cortar?

◆◆◆◆◆

Escucha bien lo que he escrito porque ésta
es la primera confesión de un alma muerta.
La primera bajo los cielos.

◆◆◆◆◆

Un día, Miguel Angel y yo estábamos tomando un café en el Florida, situado en una de las entradas de las antiguas Galerías Pacífico. El Macumba era para los atorrantes; el Coto, para los conspiradores; el Florida, en cambio, para señoritos, como ese día habíamos decidido serlo nosotros, y también para señoritas, como lo eran, por ejemplo, las que peregrinaban por Florida con Borges.

–Tengo hambre –dijo Miguel Angel.

–Tengo sed –dije yo.

Nos pedimos unos tostados, más café, yo agregué una ginebra, Miguel Angel, que tenía prohibido el alcohol, un jugo de naranja y un "apfel strudel".

–Es como una torta de manzana –me tradujo.

–Ya lo sé –me ofendí–, mi vieja hace "apfel strudel".

Miguel Angel se dirigió hacia las señoritas de la mesa de al lado:

–Perdón, ¿ustedes saben qué es el "apfel strudel"?

–Algo de manzana –contestó una de ellas.

–¿Saben que por mordisquear un poquito de manzana la humanidad perdió la inocencia?

En la mesa de al lado cundió el desconcierto.

–¿Saben que sólo los locos, los poetas y los chicos, aunque se coman todas las manzanas de Río Negro, no pierden la inocencia? Deben de tener algún antídoto, algún anticuerpo, eso, algún anticuerpo, algo espiritual, no necesariamente corporal.

El mozo, todo un académico, se acercó. Su bandeja brillaba como una espada flamígera.

–Esto se parte... –gritó de pronto Miguel Angel, y volvió a la mesa. Agarró sus libros, sus "expropiaciones", sus cosas–. ¡Esto se parte! –fue como un alarido–. ¡Esto se parte! –y salió corriendo.

Yo agarré lo mío y salí corriendo atrás de él. Lo alcancé recién en Florida y Corrientes.

–¿Qué te pasó? –le pregunté.

–¿No viste que todo se partía? –estaba alteradísimo, respiraba mal, temblaba–. Esas chicas eran unas arpías, te juro, eran las hijas de Lilith...

Llegamos hasta la esquina de San Martín.

–Mirá, Miguel Angel –le dije–, lo que sí te puedo asegurar es que el pagadiós fue perfecto...

Nos tentó la risa. Ahora mismo nos tienta. Habíamos confirmado una vez más la justeza de nuestra línea: la propiedad privada no es un robo; es una estupidez.

La noche del ICI, al terminar la presentación, alguien me invitó a pasar a una salita y me dio un sobre.

–Sus honorarios –me dijo.

Europeos de esos cuyos cielos se ruborizan cuando Buenos Aires trasnocha, los del ICI pagan religiosamente (y nunca mejor dicho...) a todos los que animan sus celebraciones. "Es lo correcto", me explicó el funcionario del ICI. Tenía razón. Son los ajustes los que, en países como el nuestro, promueven incorrecciones tales como cortes de manga, cortes de rutas, ocupación de puentes y otras locuras. Me sentí incómodo, pero eran cien pesos. Desde el billete, el general Roca me guiñó un ojo. Si hubiera sabido dónde estaba la tumba de Miguel Angel Bustos, le habría llevado un gran ramo de flores. Aunque los judíos no ponemos flores, sino piedras, como las que hoy tiran esos locos de los palestinos.

◆◆◆◆◆

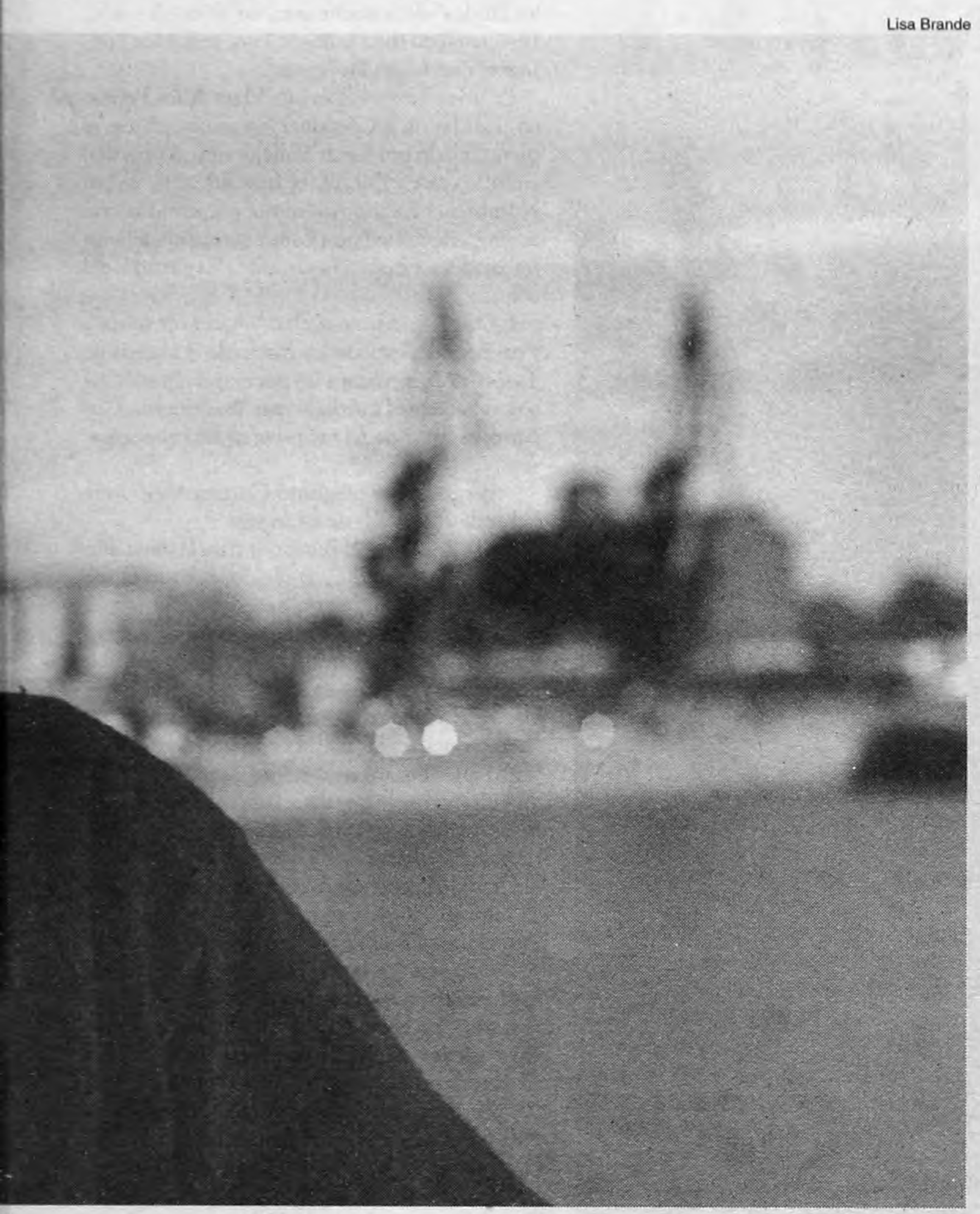
Nada muere, todo ingresa en la luz.

◆◆◆◆◆

Es sabido, y se ha dicho muchas veces y de distinta manera en este suplemento de las Madres, que el poder se legitima como poder sancionando a quienes transgreden sus "normas", que, por supuesto, el mismo poder consagra como "normalidad". Según el estado de ánimo del poder, según sean tiempos más o menos dictatoriales o permisivos, la sanción a los transgresores es más o menos contundente, incluso a la hora de castigar un mismo tipo de transgresión. En democracia, saltarse un semáforo cuesta, a lo sumo, una multa o el soborno para zafar de la incomodidad de pagar la multa. Bajo la dictadura, en las proximidades de un cuartel o un operativo militar, saltarse un semáforo podía fácilmente multarse con la vida. El po-

de Miguel Angel Bustos?"

ZPUNBERG



Lisa Brande

de desaparecidos, tantes, anónimos n quedar como lo trabajadores mili- militantes. Miguel mbio, era sometido rugía plástica: sólo a como poeta."

La noche del ICI me sentí mal, extraño. Sapo de otro pozo. Al oír otras intervenciones, más académicas, más mesuradas, más "específicamente literarias", tuve la sensación de que en esa presentación, más allá de la intención de sus actores, se empezaba a consumar una trampa: Miguel Angel, un poeta militante, no podía ni debía ser recuperado como poeta militante. Se le practicaba una especie de corrección póstuma, de escisión, de despellejamiento, de lobotomía, como quien separa la carne del hueso o la luz del fuego o el cielo de la tierra.

Los otros miles de desaparecidos, obreros militantes, trabajadores militantes, anónimos militantes, podían quedar como lo que habían sido: obreros militantes, trabajadores militantes, anónimos militantes. Miguel Angel Bustos, en cambio, era sometido a una macabra cirugía plástica: sólo se lo recuperaba como poeta. Su incorporación orgánica al PRT, con toda su humanidad a cuestas, con sus poemas y sus bromas y sus delirios y sus intentos de suicidio y su "lesión epiléptica" y sus dibujos tan bellos como alucinantes y sus terribles y maravillosas locuras, su incorporación orgánica, repito, a la lucha de los años 60-70 no había sido más que una expresión de su "locura", acaso la más curiosa y confirmatoria de su inestable principio de realidad.

En un malabarismo sesgado, al recuperarlo como "loco", su adscripción a un proyecto revolucionario no tenía más importancia que otras tantas "rarezas" de las que Miguel Angel había hecho gala. Como su andar trajeado con una manta a cuestas. Sin que nadie lo dijera, por supuesto, pero como lógica consecuencia de tan curiosa sensatez, al asesinar a Miguel Angel Bustos, más que su condición esencial de represores contrarrevolucionarios, los militares habían confirmado su condición de brutos, ignorantes, incultos, insensibles a la belleza, desconocedores de la poesía. No habían sabido dar a Dios lo que, por poesía, es de Dios, y al César lo que, por militancia, es del César. Afortunadamente, ya vendría un tal general Balza a condenar "todos los mesianismos" y demostrar que, por debajo del uniforme, latía un corazón. Para más inri, campechano, patriota y arrepentido. Até cabos: en las "acciones expropiatorias" que emprendíamos por las librerías, Miguel Angel Bustos siempre había "confiscado" libros de ocultismo, budismo, astrología y otras disciplinas extrañas, para colmo, en francés, alemán y... ¡rumano! ¿Cómo el equipo de tareas que lo secuestró no supo ver que entre sus libros sobre la Cábala, con esos extraños signos esotéricos, y sus materiales del PRT, con esas curiosas propuestas revolucionarias, sólo existía una única e inofensiva relación: la locura?

Toda academia que se precie de tal necesita de algún "poeta maldito" que confirme a los académicos su condición de académicos: arcángeles custodios del Arbol del Bien y del Mal, de la Vida y la Muerte, cuyos frutos sólo están reservados a Dios, único ser que tiene la llave de un paraíso que para los seres humanos ya está irremediablemente perdido. No vaya a ser que Rimbaud siente de nuevo a la Belleza sobre sus rodillas y vuelva a decir que la encuentra amarga.

◆◆◆◆◆

Que maúllen de noche cerca de mi tumba los enormes gatos cubiertos de plata, con los pelos erizados de horror. Yo no estoy. Yo no estoy. Yo no estuve jamás aquí.

◆◆◆◆◆

Una noche de lluvia torrencial, allá por mil novecientos sesenta y tantos, Miguel Angel Bustos apareció en el Departamento de Psicología de Filosofía y Letras, donde yo había pasado a trabajar después de que el profesor Salvatore Bucca, amante incondicional del orden, me echara del Centro de Estudios Lingüísticos.

–¿Qué hacés, Miguel Angel? –le pregunté.

Miguel Angel, que chorreaba por los cuatro costados, se sacó el piloto y, de uno de los bolsillos, extrajo un cuchillo de cocina.

–Alberto –temblaba todo–, vengo a consumar el sacrificio de la virgen...

En ese momento entró José Itzigsohn, el director del departamento.

–Doctor –le dije–, le presento a Miguel Angel Bustos, poeta.

–Conozco sus poemas –le dijo Itzigsohn, y le tendió la mano.

–Viene a consumar el sacrificio de la virgen... –le expliqué a Itzigsohn–, lo que Miguel Angel no sabe es que acá no va a encontrar ninguna...

Itzigsohn y yo nos reímos. Miguel Angel también. Dejó el cuchillo sobre el escritorio, se sentó y se largó a llorar. Itzigsohn se le acercó, lo abrazó y, cuando sus sollozos se calmaron, le dijo:

–Usted, que es un poeta, debe saber lo que dijo un colega suyo, Prévert, cuando París cayó en manos de los nazis: "Todo está perdido, menos el buen humor".

Itzigsohn se fue a dar su clase. Guardé el cuchillo en el cajón del escritorio, cerré el departamento y nos fuimos a tomar un café. Después pasamos por la librería de Abel Langer. A él no lo expropiábamos jamás. Miguel Angel y yo quizá no sabíamos trazar los límites exactos entre el bien y el mal, entre lo bello y lo feo, entre lo correcto y lo incorrecto, entre la locura y la salud mental, pero sí sabíamos distinguir entre los compañeros y quienes, entonces (y ahora), eran, son "los otros".

"Es sabido, y se ha dicho muchas veces y de distinta manera en este suplemento de las Madres, que el poder se legitima como poder sancionando a quienes transgreden sus 'normas', que, por supuesto, el mismo poder consagra como 'normalidad'".

La noche del ICI, mientras miraba la sala llena, me pregunté si estaban todos los que estaban y eran todos los que eran. Tuve grandes dudas. "¿Qué habrá sido del cuchillo?", me pregunté. ¿Cuánto tiempo quedó en el cajón del escritorio? ¿Habrá llegado a cortar una rebanada de pan en la mesa de algún hambriento? ¿Qué incierto derrotero habrá dibujado sobre la mesa el reguero de miguitas de pan que acaso no llegó a cortar?

◆◆◆◆◆

Escucha bien lo que he escrito porque ésta es la primera confesión de un alma muerta. La primera bajo los cielos.

◆◆◆◆◆

Un día, Miguel Angel y yo estábamos tomando un café en el Florida, situado en una de las entradas de las antiguas Galerías Pacífico. El Macumba era para los atorrantes; el Coto, para los conspiradores; el Florida, en cambio, para señoritos, como ese día habíamos decidido serlo nosotros, y también para señoritas, como lo eran, por ejemplo, las que peregrinaban por Florida con Borges.

–Tengo hambre –dijo Miguel Angel.

–Tengo sed –dije yo.

Nos pedimos unos tostados, más café, yo agregué una ginebra, Miguel Angel, que tenía prohibido el alcohol, un jugo de naranja y un "apfel strudel".

–Es como una torta de manzana –me tradujo.

–Ya lo sé –me ofendí–, mi vieja hace "apfel strudel".

Miguel Angel se dirigió hacia las señoritas de la mesa de al lado:

–Perdón, ¿ustedes saben qué es el "apfel strudel"?

–Algo de manzana –contestó una de ellas.

–¿Saben que por mordisquear un poquito de manzana la humanidad perdió la inocencia?

En la mesa de al lado cundió el desconcierto.

–¿Saben que sólo los locos, los poetas y los chicos, aunque se coman todas las manzanas de Río Negro, no pierden la inocencia? Deben de tener algún antídoto, algún anticuerpo, eso, algún anticuerpo, algo espiritual, no necesariamente corporal.

El mozo, todo un académico, se acercó. Su bandeja brillaba como una espada flamígera.

–Esto se parte... –gritó de pronto Miguel Angel, y volvió a la mesa. Agarró sus libros, sus "expropiaciones", sus cosas–. ¡Esto se parte! –fue como un alarido–. ¡Esto se parte! –y salió corriendo.

Yo agarré lo mío y salí corriendo atrás de él. Lo alcancé recién en Florida y Corrientes.

–¿Qué te pasó? –le pregunté.

–¿No viste que todo se partía? –estaba alteradísimo, respiraba mal, temblaba–. Esas chicas eran unas arpías, te juro, eran las hijas de Lilith...

Llegamos hasta la esquina de San Martín.

–Mirá, Miguel Angel –le dije–, lo que sí te puedo asegurar es que el pagadiós fue perfecto...

Nos tentó la risa. Ahora mismo nos tienta. Habíamos confirmado una vez más la justeza de nuestra línea: la propiedad privada no es un robo; es una estupidez.

La noche del ICI, al terminar la presentación, alguien me invitó a pasar a una salita y me dio un sobre.

–Sus honorarios –me dijo.

Europeos de esos cuyos cielos se ruborizan cuando Buenos Aires trasnocha, los del ICI pagan religiosamente (y nunca mejor dicho...) a todos los que animan sus celebraciones. "Es lo correcto", me explicó el funcionario del ICI. Tenía razón. Son los ajustes los que, en países como el nuestro, promueven incorrecciones tales como cortes de manga, cortes de rutas, ocupación de puentes y otras locuras. Me sentí incómodo, pero eran cien pesos. Desde el billete, el general Roca me guiñó un ojo. Si hubiera sabido dónde estaba la tumba de Miguel Angel Bustos, le habría llevado un gran ramo de flores. Aunque los judíos no ponemos flores, sino piedras, como las que hoy tiran esos locos de los palestinos.

◆◆◆◆◆

Nada muere, todo ingresa en la luz.

◆◆◆◆◆

Es sabido, y se ha dicho muchas veces y de distinta manera en este suplemento de las Madres, que el poder se legitima como poder sancionando a quienes transgreden sus "normas", que, por supuesto, el mismo poder consagra como "normalidad". Según el estado de ánimo del poder, según sean tiempos más o menos dictatoriales o permisivos, la sanción a los transgresores es más o menos contundente, incluso a la hora de castigar un mismo tipo de transgresión. En democracia, saltarse un semáforo cuesta, a lo sumo, una multa o el soborno para zafar de la incomodidad de pagar la multa. Bajo la dictadura, en las proximidades de un cuartel o un operativo militar, saltarse un semáforo podía fácilmente multarse con la vida. El po- ▶



ASOCIACION MADRES DE PLAZA DE MAYO

der, mientras puede, adopta aires complacientes y permite que ciertos transgresores convivan con quienes respetan las normas, acaso para que lo "anormal" resalte más las virtudes de la "normalidad". Sobre todo, cuando ese transgresor ya está muerto. Muerto y reciclado. El papel moneda circulante, por ejemplo, es una clara muestra de reciclaje democrático. En los billetes conviven Mitre (traductor de Dante y asesino del Chacho), San Martín (padre de una patria que soñó continental), Belgrano (abogado que agarró los fierros), Rosas (primer tirano), Domingo Faustino Sarmiento (padre del aula y del alambrado civilizador) y Roca (genocida de indios). Es "normal" que a éste, que blanqueó de "bárbaros" la Patagonia para ampliar la pampa húmeda, le hayan otorgado el billete de 100, el de más valor, es decir, el más valiente, el más valeroso.

También en el Parnaso argentino, si el reciclaje prospera, Borges y Bustos acaso compartan algún día el satinado de las enciclopedias: Borges con una manta al hombro y Bustos con un bastón. La manta no será exactamente una manta, sino una capa o, mejor dicho, un sayo, y el bastón no será exactamente un bastón, sino una especie de báculo, de esos que llevan los pastores para arrear los rebaños, no vaya a ser que desde los márgenes irrumpa un aluvión de ovejas negras. Es terrible la letra B: entre sus entradas, pobre Miguel Angel, figura la "banalización del mal".

◆◆◆◆◆

Corazón, espíritu, alza tus libros, tus manuales de misterio, que vas a perderte para siempre en el tiempo.

◆◆◆◆◆

Este es precisamente el momento de contar lo que nunca ocurrió. ¿O sí? Un día, en plena calle Florida, se cruzaron el tigre de Borges y el tigre de Bustos. *El Hacedor* echó mano de su *Dreamtigers* y afirmó:

–*En mi infancia yo ejercía con fervor la adoración del tigre; no el tigre overo de los camalotes del Paraná y de la confusión amazónica, sino el tigre rayado, asiático, real, que sólo pueden afrontar los hombres de guerra...*

Nunca vi ojos tan dilatados y claros como los de Bustos al oír esas intimidades. Sus *Fragmentos fantásticos* refulgieron en la espesura de "Los patios del tigre", uno de sus poemas más dolorosos y bellos:

–*Un tío viajó y en una gran jaula trajo un tigre* –le respondió Bustos a Borges–. *Lo aseguraron a una cadena y esperaron que lo viera./ Su garganta me llamó; aparecí./ El espanto y la maravilla me helaron./ Desde ese día los patios dejaron de ser tales. Fueron selvas de mármol y mosaicos gastados donde el terror habitaba.*

Borges no se alteró. Profesor de literatura inglesa, era de los que nunca se alteran. Golpeteó el mundo con su bastón y dijo:

–*Yo solía demorarme sin fin ante una de las jaulas del Zoológico, yo apreciaba las vastas enciclopedias y los libros de historia natural, por el esplendor de sus tigres.*

–*Era feliz* –le confió Bustos–. *Tocaba el misterio a diario y no desaparecía. Me acostumbré ávidamente a lo extraño./ Cuando alguien ordenó su encierro en el Zoológico, lloré.*

Borges elevó sus ojos hacia el infinito y recitó en galés antiguo:

–*Pasó la infancia, caducaron los tigres y su pasión, pero todavía están en mis sueños. En esa napa sumergida y caótica siguen prevaleciendo y así, dormido, me distrae un sueño cualquiera y de pronto sé que es un sueño. Suelo pensar entonces: éste es un sueño, una pura diversión de mi voluntad, y ya que tengo un ilimitado poder, voy a causar un tigre.*

Ante la confesa impotencia del Hacedor, a Miguel Angel se le humedecieron los ojos:

–*Entonces comenzaron mis fugaces visitas* –le dijo a Borges–; *temblaba cerca de su jaula. Su rugido era música tristísima para mí. Le imploraba a su memoria de fiera el recuerdo.*

–*¡Oh, incompetencia!* –se lamentó Borges–. *Nunca mis sueños saben engendrar la apetecida fiera.*

–*¿Sabe, Maestro?* –Bustos le abrió su corazón–. *El día en que me fui a despedir de él para siempre me olió, detuvo su andar en círculos. Una sombra humana le cruzó la mirada.*

Borges sintió que su tigre, algo molesto, lo miraba de reojo e intentó explicar lo obvio:

–*Aparece el tigre, eso sí, pero disecado o endeble, o con impuras variaciones de forma...*

Bustos se aflojó la corbata:

–*Más tarde supe de su muerte. Su carne fantástica se juntó en el polvo a otras carnes./ He crecido. Guardo de mi infancia sus huesos en mi alma, los libros en mi sangre./ Pero cuando llegue el fin y me miren los ojos que aún no he visto...*

Borges empezó a inquietarse. Una de las vestales le tiró de la manga.

–*Aparece el tigre, eso sí* –insistió contrariado el Hacedor–, *pero disecado o endeble, o con impuras variaciones de forma, o de un tamaño inadmisible, o harto fugaz, o tirando a perro o a pájaro.*

–*¿Sabe una cosa, Maestro?* –precisó Bustos– ... *pienso que será el tigre incierto de la locura el que me lleve tanteando a la nada, aquel tigre de titubeo y delirio del suicidio que en su boca me ahogará clamando.*

Borges, llevado por sus vírgenes, ya se marchaba. Miguel Angel lo llamó:

–*O tal vez mi viejo tigre, rayado por la piedad, quiera devorarme como a un niño.*

Pero Borges ya cruzaba Viamonte y enfilaba hacia Maipú, hacia su casa, hacia su morada definitiva, allá en el cementerio de Ginebra, en la helvética neutralidad donde hoy sus restos descansan en paz. Bustos rugió hasta el sollozo: él nunca descansaría en paz, nunca sería neutral, pero siguió su camino. Muchos lo seguían. ¿Hacia dónde? ¿Hacia dónde? Aún no lo sabemos exactamente, pero igual lo seguimos.

◆◆◆◆◆

El País del Sueño es sólo un fragmento fantástico del tiempo. El tiempo es la Tierra Final.

◆◆◆◆◆

Me contó Iris que, la noche del domingo 31 de mayo de 1976, la noche que lo desaparecieron, uno de los secuestradores le dijo a Miguel Angel: "Llevá una manta, Bustos, que va a hacer frío".

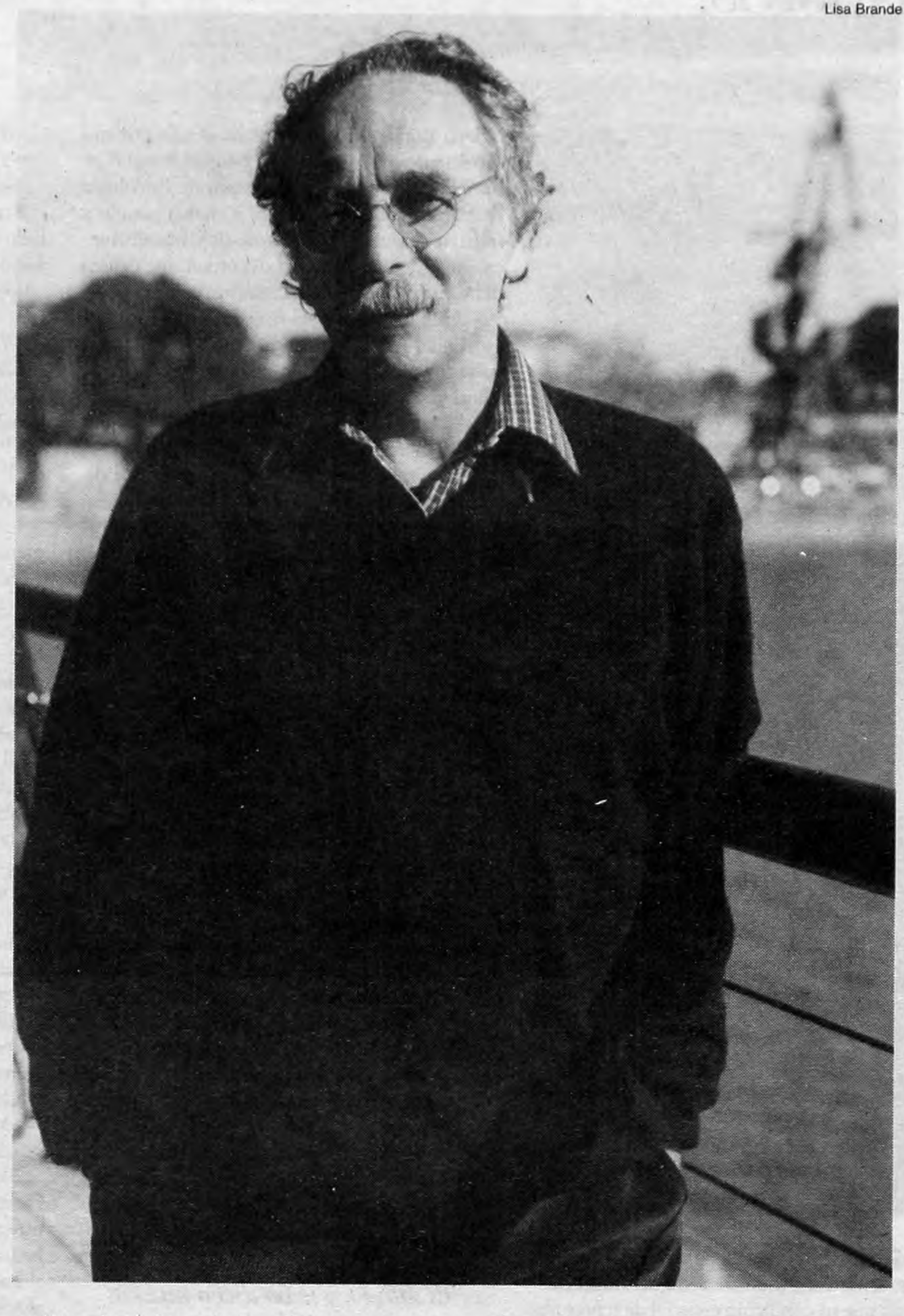
Hoy, primer viernes de julio de 2000, en este nuevo milenio, sigue haciendo frío, mucho frío. Teresa Ter Minassian, la top model del FMI, visita el país, pero no a los presos de La Tablada. Me arrimo a los poemas del compañero Bustos para entibiarme los huesos y sentir que, pese a todo, es posible, sí, es posible.

◆◆◆◆◆

Alma, cae en la luz y deja la esperanza.

◆◆◆◆◆

Finalmente, el acto poético, político y agitativo que en un principio iba a culminar la edición de la antología se hizo. Aunque en el ICI yo había anunciado para el día siguiente "la presentación callejera" de la antología de Bustos, de los "todos" de la noche anterior no había nadie. Pero igual estaban todos. Claro, todos los "nosotros"; no todos los "otros".


Lisa Brande

La fiesta fue en la llamada Plaza de los Perros, en Jean Jaures y Córdoba. No se hizo el jueves prenunciado por César Vallejo, sino al otro día, viernes, día en que El, el Innombrable, el Sin Nombre, el Eterno Anónimo, consumó la creación y, de inmediato, como corresponde a un trabajador, se dispuso a santificar las virtudes del ocio.

En la plaza, para escuchar y hacer oír su rock y sus poemas, estaban los chicos de "La novia de Tyson". Ahí leeríamos los poemas de Bustos, tal como habíamos quedado con Washington Cucurto, el autor de *La máquina de hacer paraguayitos.*

–¿Bustos? –me preguntó Cucurto cuando le hablé de *Despedida de los ángeles.*

–Sí, Miguel Angel Bustos –y tuve la sensación de que no estaba muy enterado, pero ni él me pidió explicaciones ni yo necesité explicar más nada: la plaza, como la poesía, no tiene dueño. Cuando llegué, los muchachos ajustaban sus equipos de audio, les daban duro a sus guitarras eléctricas y la percusión, hacían a un lado la basura, montaban las mesitas con sus revistas y los libros que ellos mismos editan a pulmón, barrían vidrios rotos, colgaban lamparitas de los árboles, vaciaban cervezas. Era su viernes mensual de poesía callejera.

Cuando llegué, me di cuenta de que en la plaza también comenzaban a organizar su noche esos extraños locos que, con sus mujeres y chicos, duermen en la calle, al amparo de sí mismos, en las gradas de cemento del maltrecho anfiteatro. Con la piedra por almohada, deben ver entre sueños esa escalera que une el cielo con la tierra, por donde suben y bajan los ángeles. Una vez por mes, esos ángeles, encarnándose en rockeros y poetas, se quedaban unas horas con ellos para arroparlos con música y poesía.

–Y vamos todavía... –gritaba alguien con los ojos chispeantes de alcohol y la mano en alto.

Se fue reuniendo gente del barrio, sentándose en los escalones, en el pasto, en la vereda. Los artistas se anunciaban unos a otros mientras, en el centro del anfiteatro, se sucedían rasguidos, estridencias, voces, ritmos, crestas multicolores, tatuajes, piercings, risas, abrazos, entusiasmos, toda la pasión según su propio evangelio.

–Y vamos todavía...

En un momento, Cucurto anunció que Alberto Szpunberg iba a leer los poemas de Miguel Angel Bustos.

–Bustos –dijo–, un poeta que ya falleció...

–Quiero rectificar un pequeño error de Cucurto –pasé al frente–: Miguel Angel Bustos no es un poeta fallecido, sino desaparecido...

Cundió ese murmullo de marejada que es la gente cuando hace silencio, y sentí las miradas, sentí la presencia. El "pequeño error" de Cucurto era el hachazo de la dictadura en la memoria de los más jóvenes, el cáliz de las recuperaciones sesgadas, del maquillaje retrospectivo, del ayer escamoteado.

–Fue asesinado por los militares durante la última dictadura... –agregué.

Alguien gritó algo, no sé qué, sólo fue grito. Y comencé a leer "Memoria de mi muerte", el poema que hilvana estas páginas.

La gente aplaudió, aplaudió, aplaudió, hasta que sus manos encontraron un ritmo, una cadencia, continuada en guitarras, gritos, platillos, tambores, ángeles que subían y bajaban, como para enseñarnos que hay momentos de alza y de bajón, de caída, de derrota, pero, después de todo, el cielo y la tierra anudan desde siempre las mismas elementales certezas.

–Y vamos todavía...

Ahora me da vueltas en la cabeza ese solo verso de Machado que, aunque nunca nadie pueda decirlo todo, lo dice todo, sí, todo sobre la fragilidad de la vida y la tenacidad de la esperanza: *hoy es siempre todavía.*

–Y vamos todavía...